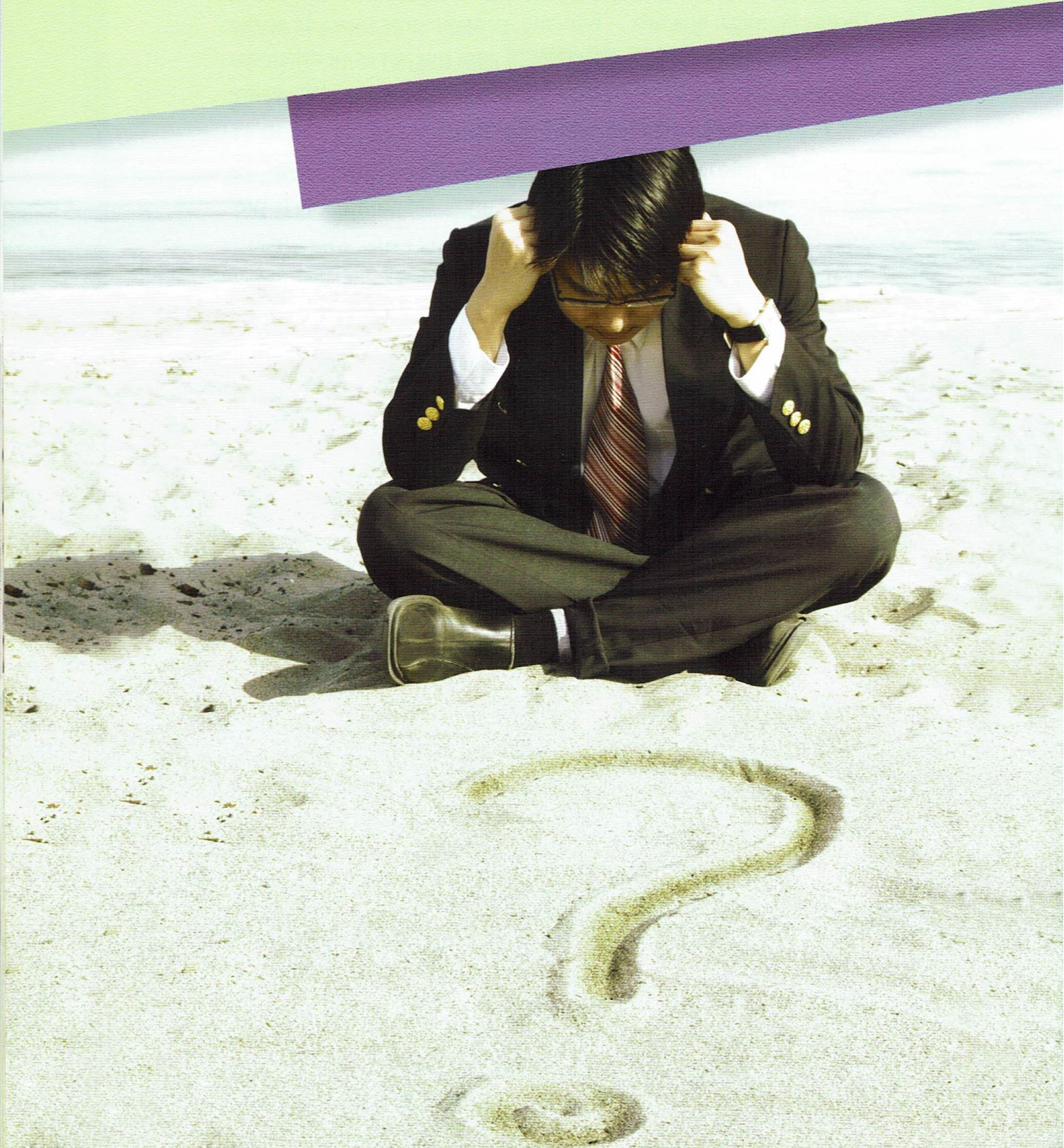


Un gran dilema




Carta
7

Querida hija... Querido hijo...

Algunas veces he oído de tus labios, aunque quizás con otras palabras, el terrible dilema que inmortalizara Shakespeare: Ser o no ser. Me pregunto si te lo has aplicado a ti mismo y te has preguntado si serás algo o no serás nada en la vida. Quienes te rodean, ¿te recordarán con simpatía y aprecio por el bien que les hiciste, o serás para ellos un recuerdo ingrato o quizá ni siquiera llegarás a impresionarlos como para que te recuerden? ¿Serás o no serás? ¿Será la tuya una personalidad atrayente basada en las cualidades de tu espíritu, en el acervo de tu cultura y, por encima de todo, en las virtudes cristianas que resplandecerán en cada uno de tus actos y en cada una de tus palabras? ¿Se podrá contar contigo en la hora de la necesidad? ¿Serás lo que aparentes ser o te limitarás a parecer?

Cuando en día memorable Moisés, el entonces pastor de ovejas, escuchó la voz de Dios en el monte Horeb, allá en Madián, el Señor le dijo: "YO SOY EL QUE SOY. Y dirás a los israelitas: 'YO SOY me ha enviado a ustedes'" (Éxodo 3: 14). En esa expresión "Yo soy", se encierra la personalidad divina. Está abarcada en ella la infinita, todopoderosa y eterna personalidad de Dios. Dios es, por lo tanto obra. Vuelvo a preguntarte, hijo mío: ¿Serás tú lo que aparentas ser?



Escribió Kahlil Gibrán:

“Dije una vez a un espantapájaros:

—Estarás cansado de estar de pie y solitario en este campo —y me respondió:

—La alegría de espantar es profunda y durable y jamás me cansa.

Le dije después de un momento de reflexión:

—Verdad dices, porque yo también conocí esa alegría.

Respondió él:

—Sólo quienes están rellenos de paja pueden saberlo.

“Lo dejé sin estar seguro si me había **adulado** o deprimido. Transcurrió un año durante el cual se hizo filósofo el espantapájaros. Cuando pasé de nuevo junto a él vi dos cuervos construyendo un nido bajo su sombrero”.

La alegría de parecer, como la de espantar, la conocen solo aquellos que, usando las palabras de Kahlil Gibrán, están llenos de paja. No debemos extrañarnos de que, por fin, los cuervos terminen por construir un nido bajo su sombrero.

La piedra falsa puede no diferenciarse mucho en su apariencia de la verdadera, pero para el ojo experto no habrá confusión posible. En

todo caso, sometidas a la prueba, la falsa será falsa

y la verdadera será verdadera. **Tú no quieres**

parecer, sino ser, ¿no es cierto?

Voy a indicarte algunas cosas que caracterizan a quien verdaderamente es. Alcanzarás o no alcanzarás una posición que, desde el punto de vista humano, parezca destacada. Eso, al fin y al cabo, no tiene importancia, porque ¿quién puede ase-



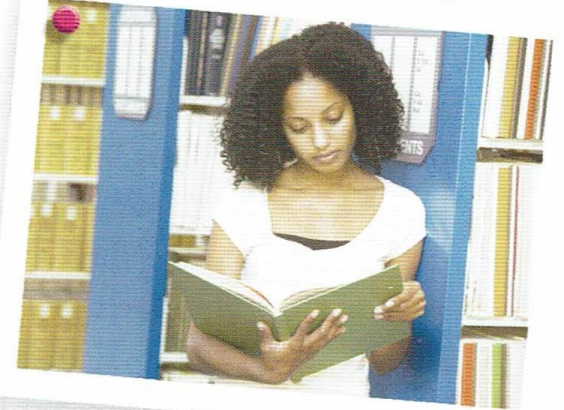
gurar que ante los ojos de Dios la vida del opulento sea más valiosa que la del que carece de todo? Por eso debes ser siempre humilde y respetuoso para con los demás. Con tus modales, expresa hacia todos una cortesía nacida en tu corazón. Jamás hagas diferencias. Se cuenta que cierto día el rey Luis XV salía de Versalles con su preceptor. Un lustrabotas que estaba a la puerta se quitó el sombrero al paso del rey sin que este contestara el saludo. Pero el preceptor lo hizo.

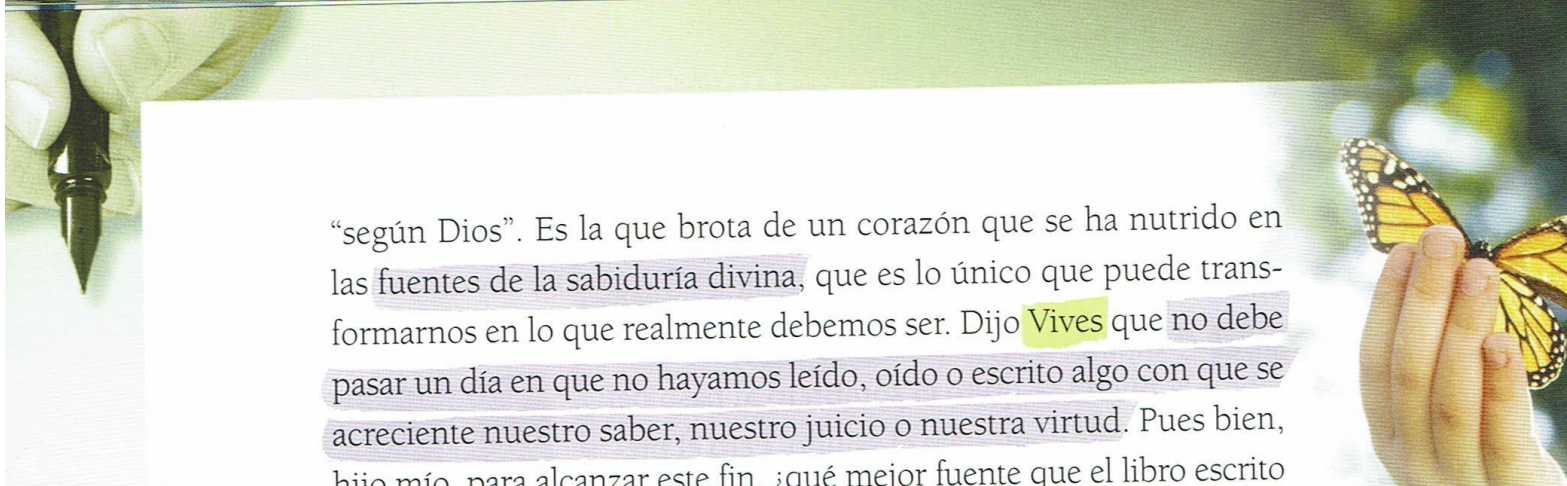
—¿Cómo —preguntó extrañado el rey—, es que saludas a un perdulario?

—Señor —contestó el preceptor—, prefiero saludar a un perdulario a que digan que un perdulario tiene más educación que yo.

Dice un proverbio malayo: “Los buenos modales no pueden comprarse ni venderse”. El filósofo Séneca afirmó: “Trata a tu inferior como quieres ser tratado por tu superior”. Escucha también las siguientes palabras de W. M. Thackeray: “Ya vengan la riqueza o la necesidad, el bien o el mal, acójalo de buen grado los jóvenes y ancianos. Inclinen su frente ante la Soberana Voluntad, acomodándose a ella con ánimo alegre. El que desee ganar el promedio, vaya en buena hora a perder o a conquistar según pueda. Mas, ya triunfen o caigan vencidos, sean, por Dios, siempre caballeros”.

Comprenderás que al hablarte de cortesía y buenos modales, no confundo estas cosas, ni debes hacerlo tú, con ese barniz de urbanidad con que muchas personas tratan de aparentar lo que no son. La cortesía a que me refiero es la que nace de un corazón juicioso





“según Dios”. Es la que brota de un corazón que se ha nutrido en las fuentes de la sabiduría divina, que es lo único que puede transformarnos en lo que realmente debemos ser. Dijo Vives que no debe pasar un día en que no hayamos leído, oído o escrito algo con que se acreciente nuestro saber, nuestro juicio o nuestra virtud. Pues bien, hijo mío, para alcanzar este fin, ¿qué mejor fuente que el libro escrito por Dios mismo? ¿Qué mejor que la Sagrada Escritura? Solo ella puede darte verdadera inteligencia y hacerte realmente sabio, porque es el Libro inspirado. Es el Libro en el cual se manifiesta la sabiduría de Dios. El Salmista pregunta y a la vez responde: “¿Cómo podrá el joven llevar una vida limpia? ¡Viviendo de acuerdo con tu palabra!” (Salmo 119: 9). Más adelante agrega: “Tu palabra es una lámpara a mis pies y una luz en mi camino” (Salmo 119: 105).


La Sagrada Escritura debe serlo todo para ti. Contiene cuanto necesitas para satisfacer todas las necesidades de tu alma. Sé que te agradan las aventuras; pues recreáte, entonces, en la vida de Abraham, el hombre de una fe inquebrantable, alguien que dejó su tierra, su parentela, sus propiedades, sus planes, sus ideales, en días cuando viajar no era tan fácil como hoy y pocos se alejaban del lugar donde habían nacido. Abraham, obediente a la orden divina, salió sin saber adónde iba. Toda su vida fue una fascinante aventura.

Ahí tienes a Daniel que de simple cautivo llegó a ser, con la bendición de Dios y por su integridad, segundo en el reino universal de Medo Persia.

Ahí está Moisés, el gran legislador hebreo, y posiblemente uno de los personajes más grandes que hayan vivido sobre esta tierra. Esclavo al nacer y bajo la sentencia de muerte decretada por el

Faraón, era antes de los cuarenta años el presunto heredero del trono de Egipto. Pero cayó de su alto pedestal para convertirse en un simple pastor de





ovejas, ocupación que dejó para convertirse en el gran caudillo y legislador del pueblo escogido de Dios. Ya te hablaré de él más adelante, y también de José, cuya vida es realmente inspiradora.

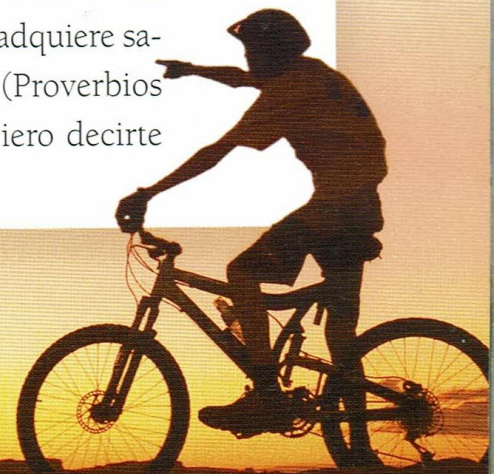
Pedro, Pablo y otros personajes de la Sagrada Escritura merecen toda nuestra veneración. El estudio de cómo vivieron estos hombres te ayudará a *ser*, en lugar de solo *parecer*. Pero el centro de la Sagrada Escritura es Jesucristo.

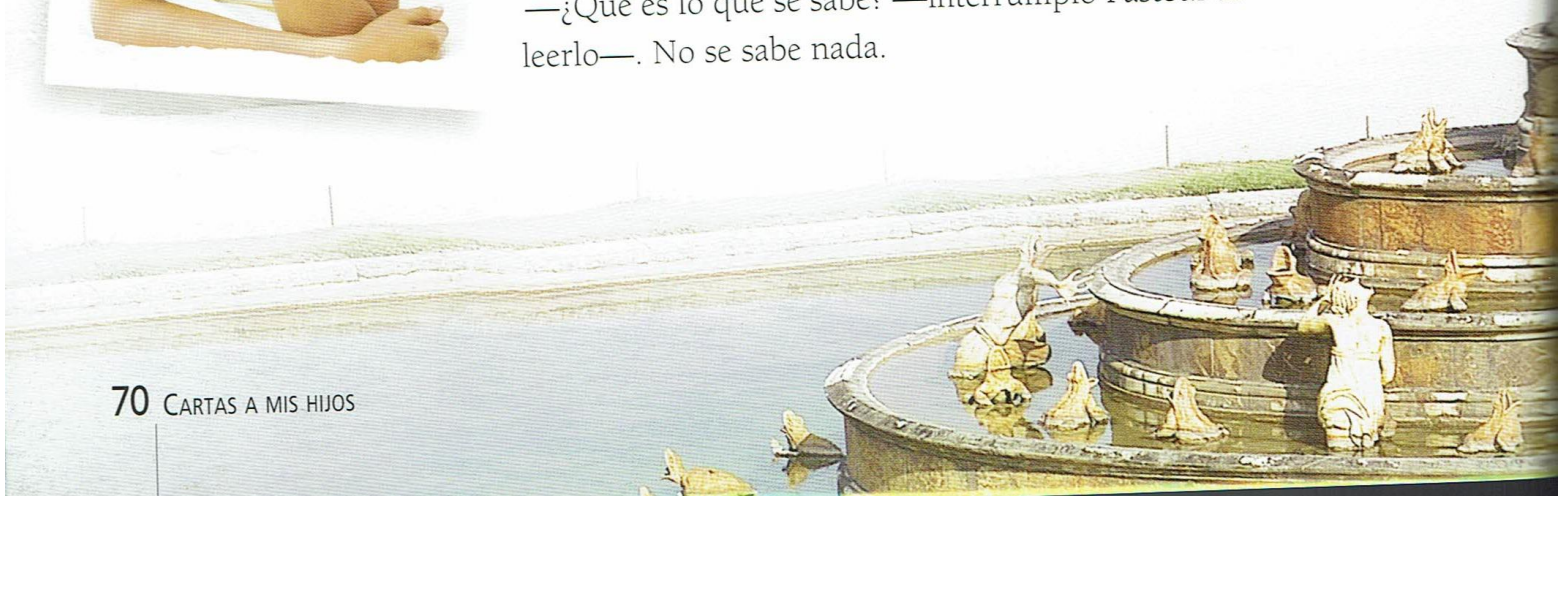
No voy a entrar en este momento en la vida de Jesús de Nazaret. Doy por sentado que la conoces, como también conoces los detalles de la vida de otros personajes del Libro Divino. Acude a la Sagrada Escritura y en ella descubrirás el secreto que los hizo grandes.

Te repito, toda la Sagrada Escritura gira en torno a Jesucristo. Tú sabes que el Antiguo Testamento enseña cómo Dios dirigió a su pueblo antes del **advenimiento** de Jesús a esta tierra. Sabes también que ese advenimiento se **prefiguraba** en el antiguo culto, mediante el sacrificio de animales que representaban al Hijo de Dios que moriría en la cruz por salvar a la **humanidad**. Y vino el Maestro. Los Evangelios **describen su nacimiento milagroso**, su vida luminosa, su inmenso amor, y culminan con la historia del monte Calvario. La conoces y sé que la amas.

Todo eso está en el Libro Divino, **en cuyas páginas puedes hallar consejo, sabiduría y dirección**.

Quizás convenga que nos detengamos un instante en este asunto de la sabiduría. Dice el rey Salomón: “Sabiduría ante todo: adquiere sabiduría; y ante toda tu posesión adquiere inteligencia” (Proverbios 4: 7). Quien quiera ser grande debe ser sabio. No quiero decirte



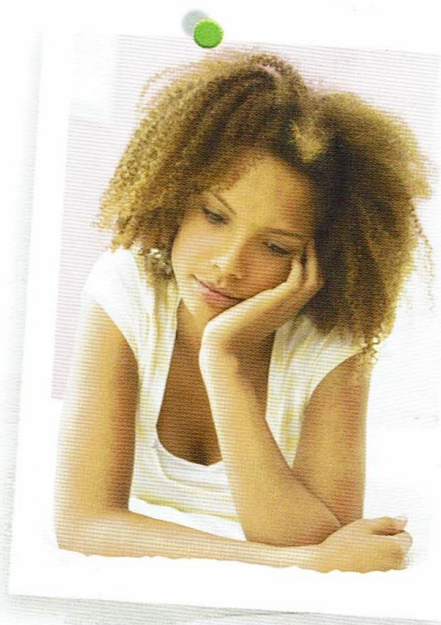



con esto que debes ser un conocedor de todas las ciencias, o una enciclopedia de conocimientos humanos. Quiero decirte que debes tener a Dios en tu corazón porque “La mayor sabiduría consiste en honrar al Señor; los que lo honran, tienen buen juicio” (Salmo 111: 10). Quiero decirte que dentro de tus posibilidades debes saber todo lo necesario para vivir de una manera útil para Dios, para tus semejantes, y para ti mismo. José Ingenieros escribió: “Un brazo vale cien brazos cuando lo mueve un cerebro instruido”. Eurípides dijo lo mismo hace muchos siglos y casi con las mismas palabras: “Vale más un entendimiento que muchas manos”.

Vuelvo a lo que te decía hace un instante: Ser sabio, desde el punto de vista de Dios, no significa simplemente poseer una suma de conocimientos superiores a los de la mayoría. Ser sabio, cristianamente hablando, es algo más profundo y a la vez más simple. La verdadera sabiduría consiste en respetar a Dios, en tenerlo constantemente en nuestro pensamiento, en obrar como sabemos que a él le agrada, en cumplir sus ordenanzas, en respetar su nombre en todo tiempo.

La sabiduría humana es útil, pero es falible e incompleta, sobre todo cuando descarta a Dios. Se dice que Denis Cochín preparó un estudio sobre Química y lo presentó a Pasteur. El trabajo comenzaba con las palabras: “Se sabe que...”

—¿Qué es lo que se sabe? —interrumpió Pasteur al leerlo—. No se sabe nada.





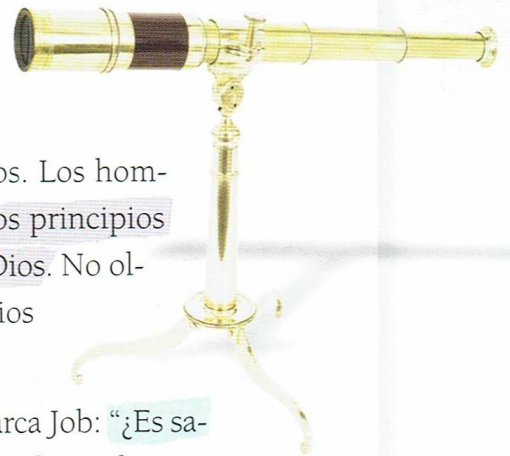
—¡Pero, señor —contestó Cochín— lo que he citado es un trabajo de usted!


—No importa —replicó Pasteur—. Yo podría haberme equivocado. Empiece usted de nuevo.

El único que sabe de verdad es el gran Yo Soy, Dios. Los hombres descubren leyes e inventan maravillas, pero los principios que rigen esas leyes y esas maravillas provienen de Dios. No olvides esto, hijo mío. Hay quienes pretenden ser sabios sin Dios. Es más, desechan al Creador.

Cuídate de no caer en ese peligro. Pregunta el patriarca Job: “¿Es sabiduría contender con el Omnipotente?” Y agrega: “El que disputa con Dios, responda a esto” (Job 39: 35, RV60). No es posible desecharlo a Dios. Frente al peligro, muchos que se decían ateos han clamado al Señor y le han pedido ayuda. Tal vez diga alguien que eso es el resultado del temor y que nada prueba en favor de Dios. Dile que se equivoca. Dile que lo que realmente ocurre es que en ese momento, frente al supremo peligro, esas personas dejan de ejercer el control a que tienen sometido su corazón y su naturaleza íntima; y la conciencia, libertada de su mordaza, grita desde el fondo del ser, con la fe que las teorías materialistas, a pesar de todo, no pudieron matar. Ese que clama, ese que pide, ese que implora a Dios, ese es el verdadero individuo que se manifiesta, por fin, tal como es. **Quien pide el auxilio de Dios no es cobarde, sino valiente.**

Existe en el corazón de todo ser humano, en el tuyo también, un elevado sentido del deber, de la justicia, y un arraigado concepto moral. Pero, óyelo bien, ese sentido del deber y de la justicia, ese concepto moral, no lo tenemos porque nosotros hayamos decidido





tenerlo. No es el resultado de alguna disciplina a que nos hayamos sometido. Es algo inherente a cada ser humano. Forma parte de nuestro ser, lo deseemos o no. Nos habla en la voz que oímos dentro de nosotros cada vez que estamos frente a la tentación. Te habla a ti también, en la voz que se levanta dentro de tu ser cada vez que estás a punto de obrar mal. ¿Quién lo puso en ti? ¿Quién lo puso en todos los seres humanos? Sólo pudo hacerlo un ente moral. Sólo pudo hacerlo Dios, en quien se originan la justicia, el deber y la moral. Lo puso en nosotros el Creador supremo y todopoderoso que nos ama con amor infinito y eterno.

¿Recuerdas el caso de aquel astrónomo que tenía un amigo que no creía que el mundo hubiera sido hecho por Dios? El astrónomo hizo un planetario que era una representación del sol en torno al cual se movían los planetas, y lo mostró a su amigo.

Es muy ingenioso, muy interesante. ¿Quién lo hizo?

—Nadie lo hizo.

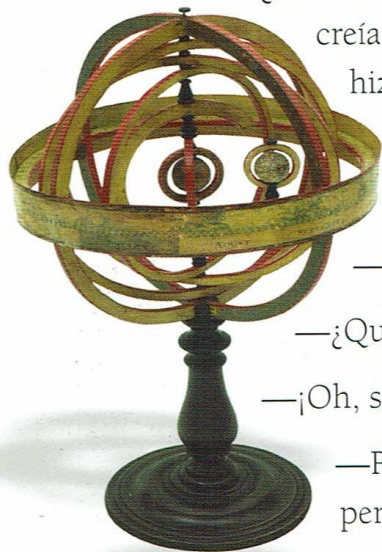
—¿Qué? ¿Que nadie lo hizo? Eso es imposible.

—¡Oh, sí! —insistió el astrónomo—. Se hizo por casualidad.

—Pero eso no es posible. Como broma está bien, pero no esperarás que te tome en serio.

—¿De veras, mi buen amigo? —dijo el astrónomo— ¡Y tú esperas que yo te tome en serio cuando me dices que el universo y nuestro sistema solar, del cual este planetario es apenas una imperfecta y minúscula reproducción, se formaron por casualidad!

Dios está en todo. Dios lo hizo todo. Él es la sabiduría suprema, inagotable y eterna. Búscala siempre, hijo mío, búscala en las páginas de la Sagrada Escritura, para que realmente seas y no solo parezcas.



Si lees el libro del Eclesiastés hallarás en el primer capítulo las siguientes palabras: “En realidad, a mayor sabiduría, mayores molestias; cuanto más se sabe, más se sufre” (Eclesiastés 1: 18). ¿A qué sabiduría se refiere Salomón? No a la de Dios, sino a la que los hombres consideran como sabiduría y que es la única que por lo general persiguen. ¡Cuántas personas se confunden en el laberinto de los conocimientos humanos y terminan por perder de vista lo esencial! Terminan por creer que la sabiduría es el fin en sí misma, cuando en realidad no debe ser más que un medio para llegar a Dios, que es la Verdad Suprema. Así se confundiría quien pensara que el trabajo del carpintero no es producir una mesa o una silla, sino simplemente hacer virutas.

Querido hijo, recuerda que no es sabio el vanidoso. Alguien ha dicho que la vanidad es una hinchazón de algo que no ha logrado ser y que se hincha para recubrir su vacío interior. No olvides esta ingeniosa definición. Ya te he dicho antes que debes ser humilde.

Se dice que una tarde al pasar Napoleón frente a una estatua del Apóstol Pedro se descubrió ante ella. Un general que lo acompañaba y que se tenía por ateo, le preguntó por qué hacía esa reverencia, a lo que el emperador contestó: “Saludo a este pobre pescador porque formó un ejército más numeroso que el mío y, sin fusiles ni cañones, ejerció en el mundo más dominio que yo”.

Reconoce los méritos ajenos y adquiere verdadero valor. No te conformes con apariencias. Que Dios te bendiga, hija mía... hijo mío, y te dé la sabiduría que te ayude a ser lo que Dios espera de ti, lo que tú mismo quieres ser, y lo que los demás tienen derecho a esperar que seas. Sé el individuo único que estás llamado a ser.

